

madre y del divino Salomon. Pedidle, os rogamos, por la paz de la Iglesia y del estado, por el soberano pontífice, por nuestros gobernantes, por los pastores, prelados y ministros del santuario, para que de comun acuerdo y con zelo cristiano se opongan á esa nube opaca de libertinos, deístas, ateístas prácticos y apóstoles de la sensualidad, de la inmoralidad é irreligion. Cesen ya, madre nuestra, los rigores de justicia que merecen nuestras culpas. No veamos de nuevo la funesta desolacion de nuestra patria y de nuestro santuario. Rogád á vuestro Hijo conmueva el desierto de estos corazones incircuncisos, que los atraiga y los convierta, para que todos conozcan y confiesen, que solo á Dios se debe el honor, la fortaleza, la gloria y la accion de gracias por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON

DEL

NACIMIENTO DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

(DE BORDOY.)

Jacob autem genuit Joseph, virum Mariæ, de qua natus est Jesus, qui vocatur Christus.

Y Jacob engendró á José, esposo de María, de la cual nació Jesus, que se llama Cristo.

S. Mateo, c. 1. v. 16.

De cuantas criaturas primorasas formaron las manos omnipotentes del Criador, ninguna ciertamente llamó su particular atencion y cariño como la santísima vírgen María. Mucho se complació el Señor en la formacion de los ángeles, que habia criado para ministros de sus órdenes y pregoneros de sus alabanzas; mucho en la aparicion de aquellos ilustres personajes y célebres heroínas, que escogió para instrumentos de su gloria y exaltacion de su nombre divino; pero por mucho que se agradara Dios de estas dichosas criaturas, es excesivamente mayor el afecto y benevolencia que profesa á nuestra Reina y Señora. Porque por mas que figuraran los ángeles y santos en los desig-nios de amor y bondad que Dios habia concebido, nunca debian ser llamados á tener parte en el cumplimiento del inefable misterio, que, segun san Pablo, estuvo tanto tiempo escondido á los siglos. No entraban por cierto en el plan de la redencion del linaje humano; en la base de la alianza que se habia de contraer entre Dios y el hombre; en el motivo del abrazo y dulce

beso que se habian de dar la justicia y la paz, ni en el desenvolvimiento de los rasgos estupendos de infinita misericordia que Dios habia determinado usar con sus criaturas. María sola es la que debia gozar de privilegio tan incomparable; María sola la que debia desempeñar tan sublime ministerio; y María sola era la llamada á tener parte activa en la encarnacion del divino Verbo. Pongárense ahora cuanto se quiera las bellísimas dotes de los ángeles, y las cualidades excelentes de los justos, que con motivo de ser elevada María á la altísima dignidad de madre de Jesus, todas aquellas prendas y dotes debieron hallarse reunidas en su persona, y de una manera aún mas excelsa y maravillosa. Parece que en esta purísima criatura vinieron á terminarse (permitídme, señores, esta expresion) los esfuerzos del poder y sabiduría de todo un Dios. El mismo Señor lo insinúa claramente en las divinas Escrituras: ya le dice, que ha herido su corazon con uno de sus cabellos (1); ya la llama con los dulces nombres de *hermana mia* (2), *paloma mia* (3), *querida mia* (4); y ya le declara que entre las hermosas y agraciadas, ella es la única perfecta, y que aventaja á todas (5).

Pero ¿á qué fin, señores, he recordado finezas tan exquisitas y tan altos destinos de la santísima vírgen María, sino para que os formaseis una idea de cuánto se complacería Dios en su creacion, y del sumo interes con que miraría su aparicion al mundo en su ilustre nacimiento? Porque si en orden de pura criatura, es la Vírgen la obra maestra de las manos divinas, ¿cuánto se esmeraría el Señor en rodear su cuna de todos los brillos de majestad, y de los resplandores de todo honor y gloria? Pues ¿qué diferencia casi inmensa no habia de haber entre los que vienen en el mundo envueltos con los gemidos y lloros del pecado, y la que nace acompañada de las alegres sonrisas de la inocencia y de la gracia? Luego si alguna vez plugo al Señor manifestar anticipadamente cuán gratos le eran los nacimientos de algunos de sus siervos por medio de faustos anuncios y prodigios singulares, era consiguiente tributara

(1) *Cant. Cantic. c. 4. v. 9.*

(2) *c. 4. v. 9. et 12. c. 5. v. 1. et 2. et c. 8. v. 8.*

(3) *c. 2. v. 14. c. 5. v. 2. et c. 6. v. 8.*

(4) *c. 1. v. 8. et 14. c. 2. v. 2. 10. et 13. c. 4. v. 1. et 7. c. 5. v. 2. c. 6. v. 3. c. 8. v. 4. (5) c. 2. v. 2. et c. 6. v. 8.*

también este honor y distincion, pero de una manera mas particular, á la santísima Vírgen, como objeto que era de sus complacencias, y de cuya purísima sangre se habia de formar el benditísimo cuerpo de su Hijo divino. Sí, no lo dudemos: apenas acaba de criarse el mundo, y ya hermosas imágenes y gloriosos emblemas anuncian á las generaciones venideras el nacimiento de esta estrella, que con su claror alegrará toda la tierra. Desde entónces parece que todas las edades y siglos no se ocupan en otra cosa sino en el nacimiento de María. Á ella se dirigen, á la par del Salvador, los sucesos maravillosos de los patriarcas, las pinturas sublimes de los profetas, y los acontecimientos extraordinarios y gloriosos del pueblo de Israel. En una palabra todo el antiguo Testamento no es mas que una serie continua de predicciones y figuras, que aunque terminen últimamente en el Mesías, anuncian asimismo el nacimiento de la Vírgen que le habia de parir. Ved pues en su consecuencia insinuado el asunto de mi panegírico, y que ocupará vuestra atencion en este breve rato. Ayudádme todos á implorar el auxilio que necesito para tratarlo como merece, por mediacion de la misma Señora, que nace hoy para ser nuestra abogada y protectora, saludándola con el ángel llena de gracia. *Ave Maria.*

Recordemos, señores, por un instante lo que Dios ordenó á Salomon cuando la construccion del templo de Jerusalem. ¡Cuántas precauciones y medidas le prescribió que tomara! y ¡qué inmensos caudales le mandó invirtiera, para que fuese su digna morada! Tres mil y seiscientos intendentes de obras velaban sobre los trabajadores; ochenta mil canteros trabajaban en los montes en piedras y mármoles, y setenta mil peones se ocupaban en la conduccion de los materiales. Cuántos millares de cedros no se cortaron en el Líbano? cuánto oro fino y exquisito no se extrajo del fondo de la India? qué preciosidad y riqueza en la materia de todas sus partes? cuánta gracia en sus formas? cuánta majestad en las ceremonias? y qué eleccion de escogidos ministros? Y además ¿qué multitud de purificaciones, oraciones y sacrificios en su consagracion? Y todo esto no por otro motivo, sino porque se preparaba una habitacion que fuese digna no de un hombre, sino de todo un Dios. Ahora bien,

si por un templo material, si por figuras y sombras se agotaron los tesoros de la tierra y los esfuerzos del arte, ¿cuánta abundancia y riqueza de gracias divinas debieron derramarse para adorno del templo vivo de Dios, para formar á María, de la cual solo era una lijera imágen el de Jerusalem? Nada ménos se trataba que de santificar á una vírgen, que con la obra de la redencion habia de tener la mas estrecha conexion, de que puede ser capaz una criatura, esto es, habia de ser la madre del Redentor que la habia de obrar. Qué elevacion! qué grandeza! qué sublimidad! ¿Cómo pues queréis que de esa obra maravillosa é interesantísima para los grandes designios de Dios no fuese su anuncio, su emblema y figura todo cuanto habia acontecido de grande desde el principio del mundo hasta su glorioso nacimiento?

Recorréd si no la divina Escritura, y lo primero que en ella se os ofrecerá, despues de la caída de Adán, es la solemne promesa de un Redentor, que habia de reponer al hombre en los derechos que acababa de perder y borrar enteramente el pecado. Pero este clementísimo Redentor, que tanta dicha y ventura habia de traer al hombre, no se promete sin una madre. *Yo pondré enemistad*, dice Dios á la serpiente, *entre ti y la mujer, entre tu raza y su descendencia, y ella al fin aplastará tu cabeza* (1). Ved pues anunciado desde el principio del mundo el grande misterio de la redencion por medio de Jesucristo, hijo de una mujer; y por consiguiente anunciado el nacimiento de María, la cual de una manera maravillosa entra aquí en la economía incomprendible de la encarnacion del divino Verbo. ¡Con cuánta razon puedes decir, ó mortal, que el primer consuelo que recibiste que endulzara tu pena y quebranto, fué el anuncio del nacimiento de una mujer santa, la cual, por el nacimiento de un hijo, aún mas santo y enemigo irreconciliable y siempre vencedor de la serpiente, remediaría todos tus males y miserias!

Y ¡con cuánto entusiasmo no ha sido celebrado despues por todos los protetas este gloriosísimo triunfo de María! El uno lo celebra bajo la imágen de la estrella de Jacob, y de la famosa vara de Israel, tan funesta á los reyes idólatras; el otro bajo el nombre de una profetisa que pare un hijo, el cual, no sabiendo

(1) *Genes. c. 3. v. 15.*

aún nombrar á su padre ni á su madre, arrebata con violencia los despojos que se habian cogido al paganismo. Espíritu divino! ¿no es por ventura esta célebre victoria que María alcanza del demonio, la que particularmente celebrasteis por boca de Judit, cuando despues de haber muerto al orgulloso Holofernes, exclamó llena de júbilo: *No son ni valientes soldados ni desmesurados gigantes los que le han vencido, es si una mujer la que le ha degollado?* (1) ¿No es acaso María, ó Señor, la verdadera Sara, á la cual principalmente atendiais cuando dijisteis á Abrahán: *yo la bendeciré, y de ella os daré un hijo que bendecirá tambien, cuyo imperio se extenderá sobre todas las naciones y creará reyes?* (2) María es, ó santo profeta David, la que en vuestros Salmos llamasteis monte Sion, monte santo, monte rico de todos los dones del cielo, y monte en que mora con complacencia el Señor (3). María es la reina majestuosa que visteis apoyada sobre el hombro derecho de Dios, y de su seno dijisteis, que lo habia escogido el Altísimo para su descanso (4); que aquí habia puesto los fundamentos de su templo, y que en él se habia verificado el feliz encuentro y union milagrosa de la misericordia con la verdad, y de la justicia con la paz (5). María es la heroina del Sabio; aquella mujer fuerte, cuyas alabanzas publica tan solemnemente (6); aquella casta esposa sin mancha alguna, adornada de todas las virtudes y llena de amor afectuoso para con su esposo; y María en fin es aquella vírgen admirable, representada bajo los símbolos de aurora brillante, de jardin cerrado á todo mortal, de fuente sellada y de casa que fabricó la Sabiduría eterna. Ah! con cuánta razon se pregunta á sí mismo el Sabio á vista de tanta maravilla y grandeza: *¿Quién es esta que así se levanta á manera de humo de exquisitos perfumes?* (7)

Con la misma admiracion y sorpresa la ve Isaías (8) como una rama que se desprende de la vara de Jesé, que con el tiempo producirá una flor divina; como una tierra secana, que sin embargo brota una planta preciosa; como la piedra del desierto, de la cual sale el Cordero sin mancilla y el Soberano de toda la tierra; como una esposa, que Dios ha adornado con los vestidos de justicia y con perlas las mas preciosas; y en fin en me-

(1) *Judith, c. 16. v. 8.* (2) *Genes. c. 17. v. 16.* (3) *Psalm. 67. v. 17.*
 (4) *Psalm. 131. v. 14.* (5) *Psalm. 84. v. 11.* (6) *Prov. c. 31. á v. 10.*
 (7) *Cant. Cantic. c. 3. v. 6.* (8) *Isai. c. 11.*

dio de su pasmo, anuncia Isaías sin rodeos y enigmas á las naciones venideras la preñez y parto de una virgen (1), como un prodigio hasta entónces no oído ni en el cielo, ni en la tierra, ni en el infierno. Por eso sigue exclamando Jeremías (2): prestad atención al nuevo y estupendo milagro que Dios obrará entre nosotros: una virgen encerrará dentro de su seno un hombre á todas luces extraordinario, y que desde su infancia poseerá el uso perfecto de la razón; concluyendo Daniel en compararla á una grande montaña, de la cual se desprende una piedrecita que abate y destruye todos los imperios y reyes de la tierra (3).

Pero á estas magníficas predicciones con que el Espíritu santo forma el cuadro mas brillante del nacimiento de la santísima virgen María, añadamos ahora las hermosas figuras que en el antiguo Testamento lo representaron. Su número y calidad son tan sorprendentes, que os veréis precisados á concluir de aquí, que nada hubo de grande en el mundo que no figurase ó á Jesús, ó á María, ó á entrambos. El primer Adán, del cual descendemos todos nosotros, figuraba ya, como dicen san Juan Crisóstomo y san Gerónimo, al nuevo Adán Jesucristo, en que todos hemos sido reengendrados; y María es la Eva verdadera, de la cual recibimos la verdadera vida. El arca, feliz depósito en que toda la naturaleza humana se libró de su total naufragio, representaba sin duda á Jesucristo, que con su sangre á todos nos salvó; pero el artífice que la fabricó, el prudente y virtuoso Noé, y que fué el primero que se salvó con su obra, y con él á todos los demas, no dudemos afirmar con san Agustín, que figuraba á María. Yo reconozco en fin y adoro á Jesucristo en la persona de Isaac; pero en Abraham su sacrificador, que está pronto á consumir el sacrificio, si Dios lo manda, descubro con san Anselmo, á la santísima virgen María.

Después de esto sigamos los sucesos y escenas memorables que nos recuerda la mas auténtica de las historias, y en todas ellas veremos representada á María bajo de simbolos bellos y hermosas figuras. ¿Qué heroína ha habido nombrada y aplaudida en las divinas Escrituras que no fuese clara expresion de la santísima Virgen? No solamente es la segunda Eva, como he

(1) *Isai. c. 7. v. 14.* (2) *Jerem. c. 31. v. 22.* (3) *Dan. c. 2.*

dicho, que nos ha dado á todos una vida mas preciosa que la del cuerpo, sino ¿quién no la ve delineada en las madres estériles de Isaac, de Sanson y de Samuel, á las cuales promete un ángel una preñez milagrosa y un fruto bendito del Señor? ¿Quién no la ve dibujada en las famosas Ester y Débora, que por su prudencia y valor llegaron á ser las libertadoras del pueblo santo? ¿en Abigaíl, que con su profunda humildad aplacó la justa indignacion del rey David, enormemente vilipendiado? en la madre valerosa de los Macabeos, que con ánimo esforzado mira impávida el doloroso martirio de sus hijos? Y ¿quién finalmente dejará de reconocerla en la afortunada Betsabé, sentada bajo del solio al lado de Salomon?

Pero no creáis que aquí concluyen los emblemas y figuras que en la antigua alianza anuncian la grandeza y excelencia de María en su glorioso nacimiento. Las cosas aún inanimadas é insensibles nos ofrecen bastantes imágenes con que podamos descubrirla. Porque ¿qué otra cosa son aquella zarza que siempre ardia, y en cuyas llamas se escondia Dios, sin que jamas fuese consumida; aquella planta milagrosa, que sin raíz ni riego, florecia no obstante en el tabernáculo; aquel vaso de maná que con tanto cuidado hizo guardar Moises; aquella Arca portátil que Dios llenaba con su presencia; aquella blanca nubecilla que vió Elias subir de la mar y fertilizar toda la tierra; aquel vellocino de Gedeon, ahora mojado en medio de un campo enjuto, y ahora enjuto en medio de un campo bañado; aquel templo levantado en medio de Jerusalem; y aquella puerta del Oriente que vió Ezequiel defendida por todos los mortales, y por la cual solo Dios pasaba sin abrirla; todas estas cosas, digo ¿qué otro son sino figuras brillantes que anunciaban la hermosura, las gracias, los dones y singularísimos privilegios de la santísima virgen María, que hoy nace para consuelo y alegría del mundo?

Pero no podia ser de otra manera, señores. Recordemos otra vez que en la santísima Virgen se habia de obrar aquel inefable misterio que desde la eternidad ocupaba la atención de todo un Dios, y era, digámoslo así, el último esfuerzo de su bondad y clemencia: obra grande á que atendien y esperaban todos los siglos, y que habia de darnos al enjugador de nuestras lágrimas y al remediador de nuestros infortunios. De María habia de venir ese redentor de la posteridad de Abraham, y mas

antiguo que Abrahán; semejante á Moises, y mas grande que Moises; hijo de David, y señor de David; descendiente de Salomon, y mas que Salomon; salido de Jesé como de su raíz, y él mismo la raíz de Jesé; y en fin de María habia de venir el augusto Emanuel, es decir, Dios entre nosotros, y al mismo tiempo hijo de una vírgen, y hombre como nosotros. En María habia de principiár aquel nuevo órden de gracias que habia de darnos ese hombre extraordinario, Hombre-Dios, el Salvador del mundo. En María, viniendo á ser madre de Dios, se halla el fin y término de toda la ley, la realidad de todas las figuras y el cumplimiento de todas las promesas. En María...; pero perdonádme, señores, yo quisiera decir muchas cosas y nada digo. Los resplandores de su nacimiento me deslumbran, y solo me quedan la admiracion, el asombro y espanto para celebrarlo.

No digas ahora, ó Sion, exclamaré con Isaías (1), que el Señor te ha abandonado y olvidado enteramente. Al nacer la santísima Vírgen, adórnate con los vestidos de gala; multiplica tus fiestas y redobla los cánticos de alabanza; pues que por medio de su nacimiento pronto van á disiparse las sombras del error, á enseñarse la pura verdad, á comunicarse en abundancia la gracia divina, y á poseer tus hijos aquel que en el furor de su cólera habia dicho que no le poseeríamos jamas. De cuántos favores participarás entónces! cuántos dones se derramarán en ti! y ¡qué magnífica gloria te rodeará y acompañará en todas partes!

Ó Señora! cuán bella y agraciada aparecéis hoy en el mundo. Vos nacéis para ser madre de Dios, y en este título en que se comprenden todos los demas, venero en este dia los oráculos que os han anunciado, las sombras y figuras que os han precedido, y los portentos y prodigios que han preparado vuestro ilustre nacimiento. Permitídme que ante vuestra cuna gloriosa os ofrezca mis obsequios y respetos, y con afecto y amor de hijo os llame cielo, templo y trono de la Divinidad.

(1) *Isaí. c. 49. v. 14. et seqq.*

SERMON

DEL

SANTÍSIMO NOMBRE DE MARÍA.

(DE ALMEIDA.)

Dixit Maria ad angelum : ecce ancilla Domini.

Dijo la virgen María al ángel : aquí está la esclava del Señor.

S. Lucas, c. 1. v. 38.

Nemo potest duobus dominis servire.

Ninguno puede servir á dos señores.

S. Mateo, c. 6. v. 24.

Viéndome obligado por dos motivos á hablar á este cristiano pueblo, y hallando la guía de dos Evangelios, no será extraño que me valga de uno y otro. Por una parte la excelencia del nombre de María, y por otra el deseo de vuestra instruccion me hacen subir á este lugar; y aún me parece que el Espíritu santo está proponiendo dos objetos, pues en el primer Evangelio me muestra á la santísima Vírgen ofreciéndose á Dios por su verdadera esclava : *Ecce ancilla Domini* : en el segundo desengaña á cada uno de nosotros, diciendo que para ser siervos de Dios, es preciso renunciar á toda otra esclavitud : *Nemo potest duobus dominis servire*; y de aquí infiero la consecuencia de que para lograr un nombre grande delante de Dios y de los hombres, debemos servir únicamente á Dios, como hoy nos enseña la Señora. Este será todo el asunto para sus alabanzas y vuestra instruccion.

María enseñándonos con su ejemplo, que siendo esclavos del